

Cuentos del paraíso de las islas

12-04

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 19/11/2023

Número de páginas: 13

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

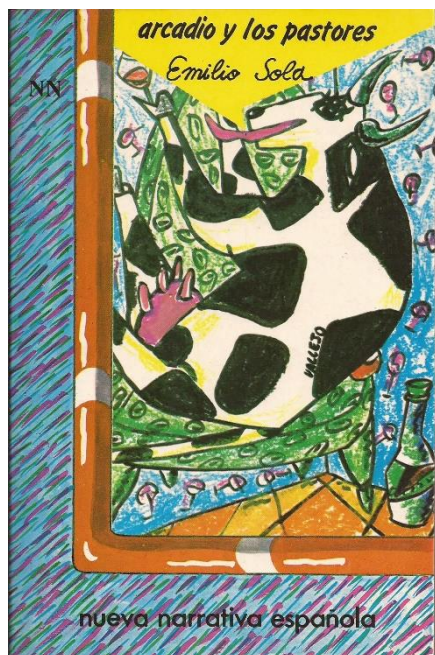
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

04 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

- | | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| 1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. | 9 |
| 2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim
Bushacor sobre el padre del cuchillo | 13 |
| 3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos,
y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Abrás | 22 |
| 4. El grupo del valle del Mago | 32 |
| 5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de
Leila V y Estambuli Entrambosaires | 40 |
| 6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli
charlan sobre el pasado | 50 |
| 7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago | 61 |

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

- | | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense
en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza | 75 |
| 2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la
cabritilla | 87 |
| 3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago | 97 |
| 4. Los rebaños de la transhumancia en el valle del Mago, con la
historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros | 106 |
| 5. La breve experiencia de transhumancia de Leila Naser V,
con una interpolación amplia del amanuense segundo de
este relato | 114 |
| 6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez
de ésta y su abandono del valle del Mago | 124 |
| 7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov | 134 |

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

cia de un adulto ya— si no se despedía de aquel muchacho y Estambuli —su introversión y timidez hacían que pareciera tosco en las relaciones, que no se reflejara en el exterior lo que dentro pudiera estar pasando en el reino de sus sentimientos— pareció cerciorarse entonces de la presencia de Arcadio y, teniéndole el álbum que llevaba bajo el brazo, le dijo que creía que muy pronto volverían para instalarse allí y que esperaba que él formara parte del equipo pues tanta afición mostraba a piedras y plantas, que le dejaba el álbum para que, en su ausencia, y a la espera del regreso, lo completara en la medida de sus posibilidades y en ratos de ocio; al chico Arcadio se le veía emocionado, casi temblorosas sus manos al recibir de las de Estambuli aquel album de maravillas para él, y le musitó que le gustaba también observar y estudiar reptiles, lagartos y lagartijas, y caracoles, que si podía añadir un capítulo sobre ellos. Estambuli sonrió —hablaban los dos chavales con seriedad y pausadamente, ante la mirada semidivertida de los dos mayores y la indiferencia de los otros que andaban por allí, en pie uno frente al otro al lado del furgón que había de transportar a los viajeros al aeropuerto— y le dijo a Arcadio que era curioso que le interesara precisamente la misma fauna que a él le había comenzado a interesar desde niño, que un día debía visitar zonas en donde hubiera cocodrilos, y que podía añadir un apéndice a aquel album de observaciones geológicas y de flora, que podía ser muy práctico. Se dieron dos besos de despedida en las mejillas y cuando Estambuli y Simón subieron al vehículo Arcadio tenía los ojos muy brillantes a causa de las lágrimas —“es un niño aún”, pensó Estambuli— y, al lado de sidi Abdelhakim a la puerta de la casa de éste, les dijo adiós con la mano cuando por fin arrancaron.

4.—El viaje de mayo a Guelma, Hamam Masjutín y Suk Ahrás, el contacto con sus grupos, el examen cartográfico de la región y la visita al valle —si así podía denominarse a aquella alta meseta en barbecho casi circular y bordeada de

monte alto y medio— en donde pastaban los rebaños nuevamente salvajes, el plano de la futura casa despertador de pájaros que Fued Mustafa dejara bien diseñada, los ánimos recibidos del viejo sidi Abdelhakim Bushakor, el album de Estambuli y su despedida de Arcadio, el entusiasmo de Leila Naser ante aquel teatro romano nuevecito..., la promesa sincera de volver en breve, en fin, hicieron que Simón el Mago agilizara los preparativos y en dos meses, mediado el verano, el proyecto estuviera en marcha, perfectamente informatizado, sus colaboradores más próximos mentalizados y en acción. Mediado agosto llegaban a Guelma Simón y Estambuli Entrambosaires con sus cortas pertenencias —un mediano cajón de libros, un par de bolsos de viaje, una guitarra, algunos recuerdos de la región de procedencia como regalo, cartas y fotos—, a finales de mes, procedentes de Palermo, Leila Naser con su pequeña compañía: su madre Leila Naser IV —para entendernos— con su compañero Felice Otromundo, actor y autor dramático muy conocido por entonces, la americana Olga Marruz, exuberante caribeña de muy hermosa voz, y el técnico Sergei de Duvrovnik —nadie supo nunca su apellido, ni él quiso decirlo, al parecer paterno aún—, en una furgoneta-camioncito abarrotada de cachivaches y sofisticados aparatos de grabación y sonido, transportada por mar vía Trapani-Annaba. La misma noche de su llegada Guelma se convirtió en una fiesta, el teatro iluminado, las canciones de Olga Marruz y grupos de la región y cabiles mantuvieron baile y ambiente alto hasta avanzadas horas de la noche.

Pero Simón, Arcadio y Estambuli ya no estaban allí: en el valle del Mago —como empezaron a denominarlo—, junto a la fuente de la Estrella —o Ain Néyma—, habían fijado puntos de observación y seguimiento de los rebaños e iniciado la construcción de la casa despertador de pájaros, un minicampamento de tres jaimas de pelo de camello como base de operaciones, a la sombra —tórrido verano— del bosquecillo de pinos y acacias cercano al punto de agua. Arcadio se había fabricado una plataforma o mirador en lo alto del pino más alto, con unos potentes prismáticos

cómodamente dispuestos para la observación, y allí se pasaba horas y horas en seguimiento de los movimientos de los animales. Comentaba luego con Estambuli los movimientos de la manada pasturando, las relaciones con las crías, los juegos y carreras de novillos y cervatos, las relaciones intermanadas, las disputas de los machos, la hora de desplazamiento hacia los abrevaderos... Le fascinaba el momento de la reunión del grupo, a la caída de la tarde, para sintetizar observaciones del día, planear la continuación del proyecto y distribuir tareas. Algunas noches Simón el Mago les enseñaba a distinguir y nombrar constelaciones y estrellas. Otras, a la guitarra él o Estambuli, cantaban canciones de lejanas regiones, americanas, turcas o griegas, o una de las dos muchachas del grupo —Claudia Auani, italo-tunecina, y Flor, o Warda o Flora, Abenza, bióloga de clara voz— entonaban algún aire andalusí-magrebí que las dos muchachas —crecidas en una de las casas de los niños tunecina y en su primer viaje de adultos— conocían muy bien.

Sólo dos visitas en el primer medio mes de estancia en el valle del Mago recibió el grupo; una de ellas, Fito Naser para recoger datos para el departamento de informática: tomaron un te y apenas duró tres horas. La segunda, la de una mujer —aunque cincuentona de físico espectacular aún y atuendo llamativo, tal vez demasiado elegante para ir de campo— que venía de América, según le dijo a Simón —antigua amiga, sin duda antigua amante también por su manera de conversar y tratarse, comentaron Claudia y Flora—, iba de paso a Oriente y no había querido continuar el viaje sin antes hacerles una visita, enterada de su proyecto en marcha; se llamaba Nico —así, Nico sin más, y por ese nombre la conocían en todas partes— y era uno de los enlaces entre los paraísos de las islas mediterráneas y caribes; quería saber muchas cosas para contar en su viaje de regreso a América, en la primavera próxima, creía que aquella experiencia podía interesar allí, podrían formarse grupos de contacto... Pero Simón el Mago la atajó delicado y con resolución: debían esperar un

tiempo aún, tal vez más de un año, para que aquello cuajara; no eran convenientes las visitas todavía, la suya incluso, aunque se la agradecía sinceramente, debía ser breve —de hecho Nico pasó la noche con ellos y volvió a Guelma a la madrugada siguiente—, ya se publicarían resultados en su momento, etcétera. Aquella noche conversaron largo, Nico les contó historias americanas, Simón le escribió alguna carta para amigos comunes, todo normal, música, sueño y despedidas.

Nico había reconocido en Estambuli al hijo de su amiga Consuelo Entrambosaires; le había alegrado —“el mundo es muy chiquito, Simón”, había comentado— y le había preguntado al chico si quería enviar algo a su madre, pues estaría en Estambul en tres semanas a lo más. Estambuli le escribió una carta y la adornó con algunas hojas más significativas y pétalos más hermosos de la flora de la región. Nico les contó que el hombre del colmillo verde Ahmed Pujol andaba por América y había revolucionado las comunidades del Caribe por donde había pasado con sus ocurrencias y sus historias de acá, y que cuando ella había venido al Mediterráneo estaba el otro en la Habana en una reunión de estudio sobre coordinación de la informatización en astilleros de barcos de bajura. Para la muchachada de las comunidades caribes estaba convirtiéndose en obsesión viajar a las comunidades mediterráneas y estaban preparando una puesta al día de los viejos “viajes de conocimiento y de contactos”, prácticamente ya desaparecidos por estas latitudes —y Nico, al contar ésto, hizo resaltar que su llegada a la casa del naranjal era recordada como uno de los últimos viajes de este tipo, tan alejada en el tiempo atrás su juventud, “mira, tú, Simón, quién lo diría”, y se mostró más coqueta que nunca—, pensaba que debía hacerse campaña —entre otras cosas a eso venía, como mensajera— para que la corriente viajera circulara en las dos direcciones... “¡Oh, la isla Margarita, Flora!” —y Nico sonreía a la muchacha Flor, o Warda o Flora, esforzándose (que lo conseguía) en ser convincente. Pero Simón, con un beso —“seguro que han sido amantes, ¿verdad, Claudia?”

comentó Flora—, volvió a recordarle a Nico que su visita era prematura, que al menos un año largo necesitaban allí atraer gente y no al revés, que comprendiera... Nico le tranquilizó sonriente, en realidad ella no pretendía que, sólo una visita de vieja amiga, nada más, pero tendría en cuenta lo visto y tal vez algún americano apareciera por allí en breve dispuesto a trabajar con ellos en aquella Arcadia africana.

Arcadio llegó en el momento de la despedida de Nico, muy acalorado: una vaca se había alejado de la manada y estaba pariendo en la parte de matorral y monte bajo más próxima al abrevadero. Simón apresuró la despedida y —Nico ya se alejaba en el camioncito— corrió hacia el observatorio que le indicara Arcadio.

—¿Será el mismo ejemplar que el otro día fichó Flora?— le preguntó al chico.

—No lo sé, pero puede ser. Creo que es la guelmesa —se explicaba Arcadio.

Era ella. “Comienza la segunda fase”, pensó el Mago mientras observaba con atención el parto. Parecía un buen ejemplar, sin duda hijo del macho principal de aquella manada, hermoso prototipo de astado guelmés. Entre Estambul y Claudia Auani hicieron algunas tomas fotográficas con teleobjetivo; estaban todos muy excitados y contentos. Y aquel ternerrillo había de ser la famosa novilla Neyma —así llamada en honor de la fuente principal del valle del Mago— o Estrella, el eslabón entre el animal salvaje y el domado, la sutil frontera entre la imperfecta libertad sin trabas y la imposible libertad con ellas, el enigma —en la mente de Simón el Mago al menos eso era así—, en fin, de la libertad.

—Comienza la segunda fase —se limitó a comunicar el Mago, y todos comprendieron.

Aquella noche hubo animada fiesta en la acampada al lado de la en construcción casa despertador de pájaros. Cantaron y contaron historias y de allí salió tanto el nombre de la casa misma —“despertador de pájaros” cuadraba bien al bosquecillo de pinos y acacias justo en el momento

inmediato a que el lucero de la mañana pareciese alumbrar un nuevo orto solar al son de música saltarina de trinos infinitos que salían de aquellas copas-caja de música refinada—, como la idea de que el tejado fuera de tejas de vidrio esmerilado sin ahumar en parte —había que respetar aquella luz y era una de las pequeñas rectificaciones al proyecto de Fued Mustafa— y el nombre para aquel ternero —que todos confiaban fuera hembra, como fue— recién nacido —los otros sugeridos, Maga, Simona, Arcadia, Claudia, Flora, Warda o Flor no prosperaron— Estrella o Neyma. Y discutieron largamente el plan para la segunda fase; estudiaron la situación correcta de los bloques de sal gema y, entre unos tocones de árboles talados a distancia media de la futura casa, fijaron el lugar en donde siempre que fuera posible orinara la gente del grupo; a Arcadio le hizo gracia lo del urinario y Estambuli le explicó que la orina humana atraía, como la sal gema, a cérvidos y vacunos en estado salvaje. Fijaron también la ubicación más adecuada para iniciar algunos mínimos cultivos a rozas, de momento —de cortar y quemar un campo mediano se encargaron Arcadio y Estambuli—, y voltear y remover la tierra —lo harían los cinco en un par de días— para dejarla preparada para que el próximo equipo hiciera una siempre primera en otoño de trigo y centeno. Ensayaron tipos de nudos corredizos y lazos en los que Arcadio se mostró habilísimo y las chicas Flora y Claudia se encargaron de diseñar y estudiar la construcción de apriscos, vallados diversos, corrales y establos para ir poniendo a punto a medida que fuera necesario. Opinaron que debía preverse también la posibilidad de molturación de grano... Aquella noche se les hizo tardísimo con la emoción de la puesta a punto del plan para la segunda fase de la operación y Flora casi ni tuvo ocasión de lucir su bella voz. A Arcadio le inquietó aquello de “segundo equipo” y así se lo dijo al Mago. ¿Es que no iban a participar en el ensayo en todo su desarrollo? Simón le calmó diciéndole que no se preocupara, que no iba a perderse ni un ápice de la experiencia, pero que tenían que ser más numerosos, que ellos cinco solos no podían mantener

un ritmo alto de actividad, que a pesar de que iban a comportarse un poco como hombres prehistóricos, no lo eran ya afortunadamente y que de vez en cuando Guelma les esperaba... No estaba muy convencido el muchacho —“hubiera preferido llevar a fondo la cosa, Mago, convertirme en un hombre neolítico de verdad”, le había dicho—, y Simón les advirtió que, si lo deseaban, podían participar en los equipos sucesivos, pero que creía que había otras funciones más interesantes para ellos que estar de continuo a pie de manada, como por ejemplo recensar y catalogar las cabañas ganaderas de las regiones vecinas, documentarse sobre algunos temas en la biblioteca de Guelma o de otros lugares —y hasta en la de la casa del naranjal si fuera conveniente—, además de que otras gentes estaba previsto que participaran del experimento y había que dar oportunidad a todos para disfrutar de él. Fue fácil de convencer Arcadio, finalmente, y se fueron a dormir. Al día siguiente habían previsto una operación que se prometía árdua y divertida a la vez: el ordeño forzado de alguna vaca.

Fue más trabajoso de lo previsto y, en opinión de Simón el Mago, de consecuencias también más negativas de lo que creyera en principio. En la caza a lazo de la primera vaca adulta destacó Arcadio por su habilidad y audacia —el Mago le dejaba hacer— y, una vez inmovilizada con lazos por los cinco, Claudia procedió al ordeño; la vaca, entre asombrada y aterrorizada al principio, terminó verdaderamente mosqueada, con algunos segundos de inmovilidad —tal vez a causa del asombro— que aprovechaba la ordeñadora Claudia y muchos más de frenesí —sin duda a causa del terror al verse inmovilizada y a lo infrecuente de aquel manoseo de su tetamen nunca ordeñado— que terminaron derramando cubo y leche —la tan poca obtenida en aquella operación— entre peligrosos intentos de cornear que Simón lograba mal que bien que quedaran en amagos al aire y coces que terminaron venciendo los lazos con los que habían ceñido sus patas e incluso derribando a Estambuli y Flora en dos ocasiones... “Muy peligroso”, pensó el Mago. La manada, además, se había dispersado y estaba agitada, los

mugidos de la vaca domeñada eran respondidos por otros más o menos lejanos, Simón temió alguna reacción violenta de algún toro demasiado cercano y decidió interrumpir la operación en aquel momento. Entre él y Arcadio aflojaron los nudos de los lazos lo poquito que las sacudidas del animal les permitió, pero lo suficiente para que la vaca terminara en segundos la operación y saliera corriendo como un rayo, arrastras algunos cabos de cuerda aún —durante muchos días aquellos cabos sirvieron para identificarla, aunque al final Arcadio la reconocía entre todos los animales de la manada a simple vista— y Simón y Arcadio alcanzaron a los otros tres, un poco retirados ya. Estaban exhaustos, la manada muy dispersa y nerviosa, la leche derramada, la vaca —que había detenido su loca carrera doscientos metros más allá y ahora, al pie de un pino solitario, los contemplaba sin duda asustada y rencorosa— de seguro que mosqueada para mucho tiempo. En fin, sonrió el Mago, “a pesar de todo habrá que intentarlo de nuevo”. Así, sin duda, había sucedido y así debía hacerse. “Pero más tarde, quizá con el nuevo equipo...”, pensó.

En días sucesivos, antes de la llegada del nuevo grupo y el paso a Guelma por unos días de los cuatro pioneros, llevaron a cabo —Arcadio insistía en que era divertido y necesario— dos intentos más con otras dos vacas y con los mismos resultados. No obstante, Simón creyó observar —no sabía si se equivocaba o no— que el tercer intento alarmó menos a la manada que los dos primeros, aunque no así a la vaca que se veía sometida al ordeño forzado. También observó que las hembras con crías, entre ellas la hermosa ternera Neyma o Estrella, se desplazaban menos lejos del lugar en donde dejaban grano, cerca del agua y de la zona habitada, aunque seguían temiendo al hombre.

—Esto va. El invierno nos será propicio —les dijo Simón el día que esperaban al nuevo grupo y preparaban viaje a Guelma.

En el todo terreno en que llegaron los seis nuevos del reemplazo —tres chicos y tres chicas— se fueron los cuatro jóvenes al día siguiente. En un camión llegaban también

nuevos materiales encargados para la casa despertador de pájaros, y por la noche hubo animada fiesta. Llegaban los nuevos bastante al corriente del proyecto, pero todas las anécdotas de los incidentes de la primera fase del tal les interesaba sobremanera. Flora y Claudia cantaron, Estambuli se despidió de su guitarra —no quiso llevársela consigo, “total, por tres semanas”, decía— y Simón escribió cartas para Leila, Abdelhakim y otros amigos. A Arcadio se le veía dubitativo, pero al final decidió que partiría con Estambuli y las dos chicas. “Dos semanas no es mucho”, además de que iniciar el censo de animales de la región podía ser tan interesante —estaba claro que no más— como los asaltos a vacas para ordeño, por ejemplo.

Uno de los chicos que llegaban era hamuín, conocido de Simón —tutor suyo, en cierta manera, había sido—, y los otros dos y una de las chicas venían de la casa del naranjal, en donde habían trabajado con Erik Andersen, tan amado del Antiguo. Una de las chicas les comentó que a Erick Andersen, tan gruñón como siempre y de tan mal carácter, le había interesado mucho la experiencia de la Arcadia africana del Mago y le había prometido que, en cuanto fuera posible, pasaría por allí. A Simón le halagó eso, aunque opinó que un agricultor nato como el Andersen solía no comprender muy bien a los pastores. Las dos chicas restantes que componían el grupo de recién llegados eran orientales, turca la una, palestina la otra, ya veteranas del paraíso de las islas. La turca, que se decía riendo jenízara —la palestina se decía igualmente con buen humor filisteo—, era de gran belleza y fortaleza física; aparentaban —y eran las mayores del grupo— la treintena.

~~5. —El teatro romano de Guelma estaba espléndido con la nueva instalación eléctrica que Sergei de Duvrovnik había ultimado para aquella representación de gala de inauguración; de la dorada luz de amanecer a la violeta del final de la tarde o azulada, a las rojizas o verdosas de interiores y escenas oníricas, a los contrastes de zonas iluminadas y fondos de impenetrable sombra, una amplia gama de jue-~~